

BANDERA UMBILICAL

Dennis Ávila*

Desfiles de independencia

Todos marchamos,
fue nuestra consigna bajo el sol.

Invertimos mucho tiempo
en hacer figuras rítmicas
o un *Saludo a la Reina* que no existía.

Marchamos al compás de canciones
traídas de West Point.

Celebramos la independencia
con boinas, guantes, corbatines
y miedo a equivocarnos
en aquella olla de presión.

Por nada del mundo
podíamos perder el ritmo
ni cortar la geometría
que desfiguraba nuestra identidad.

Por nada del mundo
desobedecer a cada comandante:
la profesora de Español,
el de Estudios Sociales

* Poeta de Honduras nacido en Tegucigalpa.

o al cadete que enviaba el Ejército
para que el escuadrón crujiera.

Marchamos con todas nuestras fuerzas,
solo éramos niños: creíamos en un país
que avanzaba en el Mes de la Patria.

Lo hicimos –año tras año–
mientras nos traicionaban
y se robaban todo.

Marchamos
y no llegamos a ninguna parte.

Educación cívica

Para graduarnos del colegio
debíamos hacer un examen
sobre nuestro Himno Nacional.

Aún vibran muchos de sus versos
y una mano en el pecho.

*Tu bandera es un lampo de cielo,
cinco estrellas sembradas en una franja de nieve;*
y ante aquellas palabras que deseaban unir
a países hermanos, decretamos el frío.

En la primera estrofa nació el mar
y frente a él nuestra tierra:
india virgen que, hermosa, dormía,
previo a ser descubierta
como una mujer empapada de arena,
los muslos forrados en palmas
y de ombligo un caracol.

Una tierra que no tenía cabello,
sino un río que bajaba

partido a la mitad hacia sus pechos;
una Honduras que se alzaba de su sueño,
tras el encuentro –no pedido–
con el Viejo Mundo.

Cantábamos con entusiasmo:
un país donde el sol se levanta,
sin saber que anunciábamos
el escenario de la esclavitud.

Era inútil que el indio, tu amado,
se aprestara a la lucha con ira;
ni Lempira ni nosotros
concebimos la derrota –*épica hazaña*–
del primer héroe vencido.

Para graduarnos de hondureños
debíamos honrar cada símbolo patrio,
esconder –con histriónicas luces–
la libertad perdida,
y aprender a la fuerza
el más triste de los decretos:
serán muchos, Honduras, tus muertos.

Color umbilical

Traigo los pasos para domar mi cólera
y el camino de la sed.

Un día inacabado en el álbum cívico
que señala cada cosa perdida.

La resignación por sueños que huyen
como huraños colores en un juego de Tetris.

La brisa de tiempos que creí mejores,
cuando resolvía el frío
en el cuarto de mi abuela,

donde vivía su cariño
y la colcha verde que borraba la noche.

Traigo los pasos que me piden volver:
situar el aire para poner en órbita
la cometa umbilical, el trozo de luz
que me trajo al mundo para llevarme lejos.